

## XII

## UN DIALOGO DE LOS MUERTOS

Cuando se hubieron reclavado los ataúdes y cerrado las tumbas, cuando los funcionarios, los sabios, los noticieros y los fotógrafos se retiraron, cuando, en fin, la cripta del Panteón quedó vacía, las sombras de Voltaire y de Juan Jacobo Rousseau, que habían asistido, invisibles, á la violación de sus sepulcros, se hicieron súbitamente aparentes.

Porque es uso de las sombras no tomar figura humana sino cuando se encuentran fuera de nuestra presencia, en atención á que no tienen ningún gusto por la compañía de los groseros personajes de carne y hueso como somos nosotros. Así se explica, entre paréntesis, por qué los espiritistas no hayan legado nunca —al menos que yo sepa— á conseguir evocar una sombra auténtica, un espectro por ejemplo como los que ví en otro tiempo, en el teatro del Chatelet, en un melodrama imitado del inglés. Eran, os lo aseguro, muy "horríficos" fantasmas que uno de los personajes atravesaba con su espada sin que manifestaran el menor signo de emo-

ción. De ahí mi desconfianza contra nuestros hechiceros de levita, que no llegan siquiera con toda su magia, al resultado obtenido por un simple maquinista por medio de algunos espejos ingeniosamente dispuestos.

Como iba diciendo, cuando las bóvedas del Panteón volvieron á caer en el silencio y la soledad, Voltaire y Rousseau—"espectros vivientes é impalpables," como decía en otro tiempo el cartel del "Secreto de Miss Aurora" surgieron delante de sus propias tumbas con el aspecto que tenían en los últimos años de su vida. Al Patriarca de Ferney se le reconocía fácilmente por su bastón, su peluca y su perfil de cascanueces y en el par de tibias con medias de seda que desempeñaban el papel de piernas.

Cuanto al ilustre ginebrino estaba vestido con traje armenio—caftán á la turca y gorro de mamamuchi—que le valieron, en las calles del viejo París un éxito comparable al de nuestro Diputado musulmán.

A la primera mirada los dos filósofos se reconocieron y, cosa notable, sus miradas no se cargaron de pronto de odio y de furor. Entre tantos efectos excelentes, tiene la Muerte de bueno que reconcilia á los más grandes enemigos, aun á los hombres de letras, y que del otro lado del Cocito las gentes de la pluma dan tregua á las mezquinas querellas y á las bajas rivalidades que, durante su vida, los cubren de ridículo y con frecuencia los deshonoran.

Con una gracia completamente aristocrática el padre de *Cándida* se adelanta hacia el autor de las *Confesiones* y, sacando del bolsillo de su chaqueta bordada una tabaquera incrustada de diamantes y adornada con la miniatura del Rey de Prusia, se la

extendió á Rousseau, el cual, sin manifestar repugnancia, tomó entre sus dos dedos pulgar é índice un gran polvo de macuba y los sorbió ruidosamente.

Súbito, acordándose de lo que acababan de ver, las dos sombras expresaron en su fisonomía cada una á su manera los sentimientos que las preocupaban. Voltaire manifestó su "horrorosa sonrisa," esa célebre sonrisa esculpida por Houdouin, y cantada por Alfredo de Musset,—y Rousseau, moviendo su labio inferior, hizo un gesto más misantrópico.

Mi querido Juan Jacobo, dijo entonces el viejo Aronet, es preciso convenir en que acabamos de asistir á una ridícula ceremonia.

—Ciertamente, respondió Rousseau.... A un espectáculo dado para colmar de disgusto el corazón de un hombre sensible.

Y nuestros admiradores actuales, repuso Voltaire, son unos torpes. Para establecer bien que Luis XVIII.... un fino letrado, si queréis, un poeta de mi escuela.... Conocéis el elegante cuarteto escrito por él en el abanico de María Antonieta.....

En medio de los calores extremados,  
feliz divirtiéndome vuestros ocios,  
quiero llamar hacia vos los céfiros;  
los amores vendrán por sí mismos.

Encantador, ¿no es verdad?..... Para probar, pues, que Luis XVIII había permitido ultrajar nuestras cenizas, hé aquí que estos mentecatos de hace poco acababan de destruir una leyenda que les era querida, de absolver de un gran pecado á la Restauración y á los Jesuitas y de desgarrar una página de Victor Hugo, nuestro vecino en este edificio... Si estoy bien al corriente de la jerga moderna, esto es lo que se puede llamar un embuste.

—¡tanto más, continuó el filósofo de Ginebra, cuanto que, en lo que se refiere al respeto de los sepulcros, nuestros discípulos tienen en su pasado, algunos recuerdos de que avergonzarse.....

—Si, interrumpió Voltaire, cogiéndose la barba con aspecto reflexivo, el pillaje de la Basílica de San Dionisio, la violación de las tumbas, las osamentas de los reyes de Francia arrojadas al albañal... De Luis XIV particularmente, cuyo panegírico escribí, y de Enrique IV, en cuyo elogio compuse todo un poema, que no es, sea dicho entre nosotros, de lo mejor que hecho..... Sí, es claro que aquel día el populacho estuvo abyecto, mostró su fondo de ferocidad, sus instintos de chacal... Pero ¿suya es la culpa? ¿No sois el primero que dijísteis al pueblo que era soberano y que por consiguiente autorizásteis de antemano todas las explicaciones y todas las excusas en favor de los excesos de la canalla?

—¡Nada de reproches, Voltaire! Sois tan responsable como yo de estos horrores. Si yo perseguí una imposible quimera, si edificué en las nubes, vos fuísteis el infatigable destructor del ideal y del respeto. La opinión no se engaña cuando asocia nuestros dos nombres y nos coloca á la cabeza de los demás entre los autores de esta revolución, durante la cual, puede decirse, asistió el mundo á la explosión de la maldad humana, y cuyos resultados, en un principio admirados tan fanáticamente, parecen hoy muy contestables.... Con todo, yo no soñaba más que en la justicia, en la felicidad de todos..... ¿Podía prever que yo, el hombre constantemente enternecido hasta derramar lágrimas, el tranquilo pescador, el amigo de la naturaleza, el bebedor de le-

che, engendraría todos estos corazones de roca y todos estos bebedores de sangre y que, acordándose de que yo proclamé la legitimidad de la pena capital en nombre del pacto social, Robespierre, mi espantoso discípulo, cubriría la Francia de cadalsos? ... ¡Ah! algunas veces pienso que, el día en que escribí esta página fatal, firmé millares de sentencias de muerte.

—Compadre Juan Jacobo, dijo á su vez el macilento viejo, que ya no sonreía, sabed, si esto puede consolaros, que yo también dudo muchas veces de la excelencia de mi obra. Ella, no obstante, ofrece la imagen de mi siglo, tan ligero y tan corrompido, que pronunció por primera vez, chanceándose, palabras formidables. En verdad, temo haber sido tan tenerario como el discípulo del hechicero, que sabía bien la palabra para hacer salir al diablo de un alambique, pero que había olvidado la fórmula cabalística para hacerlo volver á entrar; y, el día en que vi á los sacerdotes asesinados y á una mujer pública adorada como la diosa de la razón, en plena Catedral de París me pregunté seriamente si la buena Compañía de mi tiempo había tenido razón en aplaudir con tanto entusiasmo mis éxitos de cinismo y de impiedad, y si no hubiera obrado mejor guardando para mí todas las tunantadas del **Diccionario filosófico**.

—Si, ya, repuso Juan Jacobo pudiera decirse que la Revolución pasó como una tempestad, que el cielo recobró su serenidad y que el orden y la paz han sucedido á tan horribles convulsiones. Pero no hay nada de eso. De entonces acá todas las naciones civilizadas se encuentran en un estado de turbación

permanente. Han estallado guerras españosas; se han arrojado unos contra otros ejércitos como no se habían visto desde la invasión de los Bárbaros, y, á la hora en que hablamos, la Europa entera está en camino de fundir cañones, de construir buques acorazados y de hacer el ejercicio.... ¡Ay! yo que soñaba para la humanidad el advenimiento próximo de una Edad de Oro, de un Paraíso pastoril, en donde la inocente juventud habría formado rondas cantando los aires del **Adivino de la Aldea** y en donde los ancianos, llenos de sabiduría, se dedicarían á la botánica!

—¿Qué quereis? suspiró Voltaire. Preciso es creer que las sombras no son inmortales sino para perder, á la larga, sus últimas ilusiones. Prosigamos, pues, nuestro examen de conciencia.... Decidme si os place, ¿qué pensais de las famosas conquistas de la Revolución?... ¿De la igualdad entre los ciudadanos, por ejemplo?

—... Que existe en las leyes, mas no en las costumbres; que la aristocracia del nacimiento, que daba lugar, sin duda, á graves abusos, ha sido substituída por la del dinero, que constituye una iniquidad mucho más escandalosa; y que basta dirigir una mirada sobre el mundo moderno para no esperar tan pronto el triunfo de la única aristocracia que debiera ser reconocida por todos, la del mérito y de la virtud.

—¿Y vuestra opinion sobre la sumisión de la Iglesia á la sociedad civil?

Atestigo que de ella ha resultado el establecimiento de una especie de ateísmo oficial, lo que parecería deplorable hasta á mi Vicario Saboyano.... Estamos solos; ¿no es así? y no hay aquí conceje-

ro municipal, que si nos oyera vaciaría nuestras tumbas y tomaría la resolución, por esta vez, de sepultar nuestros restos en algún terreno vago.... Pues bien, os diré en voz baja que desde que se ha destruido, por todos los medios posibles, la fe religiosa en el pueblo francés, éste es menos moral y mucho más desgraciado.

—Quedan por examinar las ventajas de la libertad de la Prensa, dijo entonces Voltaire, y esto me corresponde á mí; pues soy, en cierto sentido, el padre del periodismo. La Prensa se parece á mi obra, que juzgo, hoy, severamente. Todo lo he dicho en ella, y sobre todo en ella me he contradicho. Se encuentra acá y allá, alguna página en que vibran la verdad y la justicia, pero en todo lo que he dicho puede recogerse también una notable colección de injurias, de mentiras y de obscenidades.

—Voltaire, amigo mío, durante toda vuestra vida habeis predicado la tolerancia.... Pues bien, sabed que el verano pasado se concedió la cruz á un alcalde que hizo dispersar por la gendarmería una procesión de niñas comulgantes.... ¿Qué decís de eso?

—Rousseau, mi camarada, siempre tuvisteis grandes presunciones de moralista y queriais decidir á las duquesas con falbalá á criar por sí mismas á sus hijos.... Pues bien, sabed que, ahora, tenemos hermosas feministas que imprimen así en crudo que la lactancia maternal debe considerarse como un resto de barbarie.... ¿Qué os parece?

En llegando á este punto los dos filósofos se miraron atentamente, y después exclamaron uno después de otro:

—¡Oh! ¡Rousseau! la Revolución que hemos preparado ¿habría hecho, por acaso, bancarrota?

—¡Oh! ¡Voltaire! la Declaración de los Derechos del Hombre, que se ha sacado de nuestras obras, sería tan sólo una mistificación?

—Lo que hay de más grave, repuso el defensor de Calas, no es que nos propongamos semejantes cuestiones en este subterráneo solitario, como sombras desengañadas que somos, sino que muchas inteligencias, enamoradas de lo que llaman justicia absoluta, se las dirijan imperiosamente á sí mismas y se desesperen, y rechacen todas las soluciones mediocres y evasivas que les proponen los políticos, concluyendo justamente por la anarquía.

—¿A quién se lo decís? continuó el antiguo amante de madama de Warens. Por ello estoy muy afligido; porque en mis escritos es donde han encontrado argumentos las personas de que hablais. ¿No he lanzado yo, un día, la bella paradoja de que, estando fundada toda sociedad sobre la usurpación de unos y sobre la cobardía de los demás, toda sociedad es mala? ¡De suerte que hoy, habiendo renunciado á todas mis quimeras, tengo el pesar de ver á los anarquistas más impacientes encender la mecha de su bomba con una hoja arrancada al **Contrato Social!**

Voltaire y Rousseau hubieran, sin duda, continuado largo tiempo en conversación, si entonces no se hubiera dejado oír un ruido lejano de pasos en la cripta. Era uno de los violadores de tumbas que había olvidado su paraguas y que volvía á tomarlo, acompañado por el guardián. Y, como á las sombras, según dijimos al principio, no les gusta com-

prometerse con los simples mortales, los do. se evaporaron en un segundo y desaparecieron como por encantamiento.

Enero 6 de 1898.

---

### XIII

#### SAN VICENTE DE PAUL

Si, para cambiar de conversación,—pues, en verdad estamos, en este momento hartos de cosas violentas y rencorosas, y hasta nauseabundas,—si pues, como se purifica la atmósfera de una alcoba quemando azúcar, habláramos un poco de un hombre de bien. ¿Lo quereis?

El **San Vicente de Paúl**, que acaba de publicar M. Emmanuel de Broglie, nos proporciona la ocasión para ello.

Existen ya, bien lo sabéis, acerca de este admirable servidor de Dios y de los pobres, numerosas é importantes obras, con las cuales se pudieran adornar varios anaqueles de una biblioteca. Eso no obstante, M. Emmanuel de Broglie ha pensado que no era inútil escribir, sobre este bello asunto, una relación sencilla y corta, pero conmovedora y substancial, y ha salido airoso en la empresa. Su pequeño volumen—que se encuentra en casa del editor Victor Lecoffre,—ofrece la originalidad de que, bajo una forma muy pura y distinguida, se dirige

á todos, al público en su totalidad. Al pueblo directamente está destinada esta historia de su gran amigo.

Afirmémoslo con alegría. A pesar de todo cuanto se ha podido hacer para inspirar á la multitud el menosprecio de la religión y el odio á sus ministros, San Vicente de Paúl ha permanecido siempre popular. Las gentes de blusa permanecen fieles á este buen hombre de sotana; y el insolente pillo que acaba de imitar el graznido del cuervo al pasar al lado de un eclesiástico se enternecerá, un instante después, si echa de ver en la delantera de un comerciante de curiosidades antiguas, el grabado en que San Vicente de Paúl está representado en una calle de París, enmedio de la nieve, habiendo ya recogido un niño abandonado, en un faldón de su capa é inclinándose para recoger otro en el ángulo de una tapia.

Es muy fácil, ¡ay! extraviar el espíritu del pueblo; pero por fortuna es menos fácil corromper su corazón. ¿Por qué no es posible poner esta nueva vida de San Vicente de Paúl en manos de todos los proletarios? Aprenderían en este librito, me complazco en creerlo, á comparar las promesas jamás realizadas con que los mecén sus ambiciosos aduladores, y los beneficios sólidos y durables que deben al gran cristiano.

Estos beneficios son tan numerosos como variados, y se puede afirmar osadamente que, en materia de instituciones caritativas, no se ha creado nada nuevo desde San Vicente de Paúl.

Presentaré algunas pruebas.

Estamos con razón orgullosos de nuestra obra para la hospitalidad nocturna, obra muy reciente,

como se sabe, y añadiré, obra muy insuficientemente desarrollada, puesto que los desgraciados que no saben dónde acostarse no tienen todavía á su disposición, en el enorme París más que un corto número de refugios, y éstos siempre situados en barrios excéntricos. Pues bien, Vicente de Paúl había ya abierto, no solamente en la capital, sino en varias ciudades de provincia, asilos para los caminantes, en los cuales se les proporcionaba cena y cama, y en la mañana siguiente "dos sueldos para continuar su camino."

No os figuréis tampoco que nuestras obras de asistencia por el trabajo datan de ayer. Cada vez que instala una de estas casas que llama "caridades," no solamente recomienda Vicente de Paúl que se separen con cuidado los pobres fuertes que pueden trabajar de los débiles que son incapaces de ello, sino que quiere además que se abran en ellas talleres en que los niños, los convalecientes y aun los hombres en buen estado de salud encuentren labor fácil y ganen su vida.

Filántropos contemporáneos, sabed y tened en cuenta que Vicente de Paúl encendió mucho más que vosotros hornos económicos. Y tú, **Petit-Manteau-Bleu**, ten entendido que no has sido el primero en distribuir ropas.

Por otra parte, no se sabe qué admirar más en las obras establecidas ó soñadas por San Vicente de Paúl, si la ardiente caridad que inspira su intento ó el genio práctico que preside á su regla.

¿Se quiere un ejemplo? Si existe un abuso escandaloso, es seguramente la explotación de la infancia, y demasiado se sabe que, en ciertas indus-

trias y en ciertos comercios, los aprendices y los jóvenes empleados, que ya prestan grandes servicios, no reciben, durante varios años, más que un salario irrisorio. El Estado, para combatir este abuso, ha fundado escuelas profesionales; pero excepción hecha de los favorecidos, los niños que á ellas asisten deben pagar una pensión.

En los talleres de San Vicente de Paúl la cuestión estaba resuelta fraternalmente. En ellos los aprendices eran mantenidos é instruídos de gracia, con la única condición de que se obligasen á instruir á su vez gratuitamente, cuando hubiesen aprendido su oficio, á los niños pobres que los reemplazaban.

Estas obras de hospitalidad y de trabajo no sobrevinieron á su fundador, y la beneficencia ha esperimentado doscientos años antes de volver á emprenderlas con bastante timidez y con mediano éxito. Por lo demás, eran tan sólo una débil parte de la prodigiosa empresa de este anciano de sotana raída y sombrero viejo que pasaba en medio del respeto y de las bendiciones de todos.

El "buen Señor Vicente," de aspecto tan poco prestigioso y de costumbres tan rústicas, fué, en efecto, durante más de la mitad de su larga existencia—murió á los ochenta y cuatro años de su edad—algo así como el ministro omnipotente de la caridad en Francia. Gastaba millones, construía edificios imponentes, tales como el Hospicio de París y los Incurables. Mandaba falanges de sacerdotes y de religiosos. Estaba presente, ya en persona, ya por el pensamiento, en dondequiera que se corría á los pobres, en donde se recogían huérfanos ó recién nacidos abandonados, en donde se cuidaba

á los enfermos, en donde se instruía á los niños, en donde se consolaba á los encarcelados, en donde se cuidaba de los locos, en una palabra; estaba presente doquiera se hacía el bien.

Había alistado en su ejército de la beneficencia, no solamente á la reina, á los grandes, á toda la Corte, sino también á las gentes de los arrabales y del campo. A los unos les pedía dinero, á los otros su buena voluntad. Un día, para ayudar á sus Damas de Caridad en sus visitas á los desgraciados, comprometía á algunas jóvenes de los campos, á algunas sirvientes de corazón cristiano, y partía de allí para instituir la santa y admirable familia de las Hermanas Grises, que hoy están, en número de veinte mil esparcidas por todo el mundo.

Su acción extendíase sobre todo el reino. Al primer llamamiento, tomaba su vieja capa de viaje, para ir á una provincia lejana á predicar una misión á los campesinos ó para visitar una prisión. ¿Estallaba la guerra esparciendo el luto y la miseria? El era el que encontraba y distribuía los socorros y esta prodigiosa labor de caridad no bastaba á su celo. Estaba á la cabeza del renacimiento religioso que ilustró al siglo diez y siete. Fundaba, con M. Ollier, la obra de los Seminarios, y sólo, la de las Misiones, enviando sus Lazaristas por toda la Francia y hasta á Berbería, como se decía entonces, entre los infieles, para llevarles la palabra de Dios.

Todo esto con buen humor y una modestia y una sencillez deliciosas.

Este director de tantas obras y de tantas almas, este jefe agobiado por tantos cuidados y tantas ocupaciones, este gran personaje, en suma, á quien

consultaban los reyes y los primeros ministros, jamás olvidó que el deber más noble del sacerdote es el de servir á los pobres y tocar con sus propias manos estos "miembros sufridos de Jesucristo;" acordóse también siempre de que una de las virtudes más conmovedoras del cristiano es la humildad.

Despidiéndose de una familia aristocrática á la cual acababa de recomendar á sus expósitos, Vicente de Paúl iba á ver, en una de las horribles prisiones de entonces, á los galeotes ya encadenados, no solamente para exhortarlos á la resignación, sino también para consolarlos en sus sufrimientos físicos, llevando su bondad hasta el punto de quitarles los asquerosos insectos de que estaban cubiertos. Y, en su casa de San Lázaro, en donde acomodaba á los sacerdotes retirados, se le vió, tal vez la mañana misma del día en que debía ir al Louvre á sentarse en el consejo de la regente, limpiar los zapatos de sus huéspedes, no bastando para ello el número de sirvientes.

Sé muy bien que hemos "laicizado" todo esto y que tales actos, buenos para un santo, provocarán más sorpresa que admiración aun en los mejores de entre nosotros, cuya piedad es tibia y pasajera y cuya modestia es raramente de buena ley. No importa, nunca se repetirá demasiado que, en punto á caridad, no hay nada sólido y de buen matiz, si no es la caridad cristiana; y además, yo tenía que agradecer á M. Emmanuel de Broglie el que me haya hecho pasar unas cuantas horas tan buenas en compañía de San Vicente de Paúl; pues este hombre es con todo más interesante que la bella señora de cierta edad, que, luego que ha fundado algunas camas en los hospitales, quiere ser conde-

corada como un veterano, ó que el banquero millonario que no tiene que dar más que una orden de Bolsa para atesorar un monstruoso beneficio, y que, luego que ha dado, por prudencia, alguna limosna á los pobres, lo anuncia á son de trompeta en todos los periódicos.

Enero 13 de 1897.



## XIV

## LA FIESTA DE JUANA DE ARCO

Vamos, pues, á tener—¿es seguro?—una fiesta de Juana de Arco, entiendo una fiesta periódica y oficial, pues ya muchas veces la Iglesia de Francia honró el recuerdo de la heroína con pomposas y conmovedoras ceremonias.

Como no se tratará, bajo pena de intolerable ridículo, de "laicizar" á la buena lorenés, "á quien los ingleses quemaron en Ruan," las fiestas serán al mismo tiempo patrióticas y religiosas. Habrá, sin duda, por la mañana, misa solemne en Nuestra Señora; al mediodía revista militar en París; y, por la tarde—la fecha elegida es en mayo—después de haber entonado los cánticos de la Virgen, á las cuales se añadirá una bella oración para Juana, los fieles del Mes de María se dirigirán hacia los fuegos artificiales.

Alegrémonos de este feliz acuerdo. No es frecuente la ocasión de ver á todos nuestros compatriotas vibrando á impulsos de un sentimiento unánime; ¿y hay acaso uno más vibrante, más profun-

do que nuestra tierna veneración por Juana de Arco?

Es un culto, propiamente hablando, que hemos dedicado á la humilde aldeana de Domremy, que, arrodillada en el vergel de la casa paterna, á la sombra del campanario de la iglesia, no soñaba en otra cosa que en la "gran aflixión" que entonces se esparcía por todo el reino de Francia y prestaba atento oído á las voces misteriosas que le anunciaban que Dios la había elegido para expulsar á los invasores. Juana de Arco representa y simboliza para nosotros la inquebrantable esperanza en el triunfo definitivo de la patria; y cuanto más desgraciados somos y más entristecidos estamos en lo relativo á nuestra vida nacional, tanto más querido es para nosotros el recuerdo de Juana de Arco.

Atravesamos tiempos difíciles y sombríos. Vencidos, hace veintisiete años, después de una resistencia que fué honrosa y obstinada, pero—confesémoslo francamente—poco gloriosa, no hemos salido, como hubiera podido esperarse, mejores y más prudentes de esta prueba cruel. No solamente no hemos hecho el menor esfuerzo por reconquistar nuestras fronteras perdidas, sino que, en nuestro país disminuído y resignándose á la defensiva, no hemos sabido establecer la prosperidad, el orden y la concordia. El porvenir juzgará muy severamente,—de ello estoy firmemente convencido—este cuarto de siglo de nuestra historia, en que solamente resonaron tantas palabras estériles. Pero la hora presente es particularmente siniestra; y todo francés digno de este nombre no piensa en este momento de terror, ante el espectáculo de las discordias fratricidas que nos amenazan para mañana con

un cataclismo social, en otra cosa más que en nuestros enemigos que se regocijan y en nuestra única aliada, que quizás se inquiete y pierda la confianza.

En nuestra angustia cobramos, sin embargo, un poco de valor volviendo la vista hacia el pasado, recordando que nuestro país ha conocido y experimentado dolores más grandes; y es para nosotros un consuelo ver, en el fondo de las sangrientas tinieblas del siglo quince, en una Francia agotada por cien años de invasión y de guerra, surgir esta pura y radiante doncella que blandiendo su espada deslumbró y consternó á los enemigos reuniendo nuestras dispersas y desalentadas filas y fijando en ellas la victoria. Cuando se considera el estado lamentable del reino en el momento de la aparición de Juana de Arco, y cuando se comprueba que, pocos años después, al fin del reinado de Carlos VII, los ingleses no poseían ya en Francia más que la plaza de Calais, se llena uno de admiración y rehusa á los más pesimistas el derecho de desesperar de un país en que ha podido realizarse semejante milagro.

He pronunciado la palabra y la sostengo; pues no existe nada semejante en la historia de ningún pueblo. Acabo de leer, en Michelet,—que no es por cierto sospechoso de misticismo—la relación de esta prodigiosa aventura; y cuanto más reflexiono, más descubro en ella una intervención sobrenatural.

¡Un milagro! No ha mucho, pronunciando esta palabra, me hubiera neciamente encogido de hombros. Por la sola razón de que jamás he visto, con mis propios ojos, producirse un milagro, lo negaba todo, con menosprecio de la verdad elemental, que si hay un Dios—y jamás dudé de su existencia—

si hay un Dios Todopoderoso, Creador de las cosas visibles é invisibles, ese Dios es superior á las leyes del mundo físico, que es su obra; y á quien nada le es imposible. Al presente mi orgullo ha rendido las armas. Un día sentí sobre mi frente el soplo de la muerte y en mí se despertaron el horror á la nada y la necesidad de una vida eterna. Entonces leí el Evangelio. Lo leí como se debe leer, con sencillez y confiado corazón, y en cada página, en cada palabra del libro sublime ví resplandecer la verdad. Y creo firmemente hoy en todos esos milagros, por otra parte contados, descritos, atestiguados por los evangelistas con una seguridad y una precisión de detalles en que brilla la más evidente y la más completa sinceridad.

Sí, Jesús dió oído á los sordos, vista á los ciegos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Derramó prodigamente, durante su corto paso por este mundo, estos beneficios maravillosos para probar que era el Hijo de Dios vivo y para fundar la religión que, desde hace novecientos años, da la paz del alma á todos los hombres de buena voluntad. ¡Esta fe en Jesucristo que he vuelto á encontrar,—pues mi infancia fué cristiana—quiero guardarla en mí y en adelante aumentarla sin cesar, constante y pacientemente, sin desanimarme en las horas de desfallecimiento. Pues sí, á veces vacilo y tengo miedo, como San Pedro, al caminar sobre las olas, veis, sin embargo, que os obedezco, Señor, y vos estais ahí para sostenerme!

La fuerza milagrosa que emanaba de la persona de Jesús, cuando estaba entre nosotros, la ha comunicado á sus discípulos. Puede siempre darla á sus elegidos, en una proporción menor, sin duda,

pero siempre sobrenatural; y creo reconocer el signo de este poder superior en la misión y en los actos de Juana de Arco.

Piensen de ello lo que quieran los espíritus fuertes de hospital y los filósofos de clínica, no se trata aquí de ninguna enfermedad nerviosa. Todas las palabras de Juana de Arco que nos han sido transmitidas respiran la más ardiente piedad, pero están caracterizadas también por un exquisito buen sentido, por una razón perfecta. En ella no se ve á la alucinada. Tiene apariciones, oye voces; pero "el señor San Miguel" y "la señora Santa Margarita" le hablan un lenguaje muy claro, le dan órdenes formales: que deje su país y á su familia, que vaya á encontrar al Delfín, que liberte á Orleans, que lleve al Rey á Reims y que allí lo haga consagrar. Y esta empresa, imposible, absurda,—si se considera lo que es la pobre niña,—la ejecuta con una perseverancia y un valor verdaderamente sobrehumanos.

Ciertos actos de la Doncella participan también de la naturaleza del milagro. Va derecha hacia el Rey, á quien nunca ha visto y que se confunde entre una multitud compuesta de trescientos gentiles-hombres. Manda que vayan á buscarle una espada oculta bajo un altar, en una iglesia y en un país que no conoce. Manifiesta, además, su don de profecía. No solamente predice el buen éxito de su misión, sino que después de la consagración, cuando quieren que continúe haciendo la guerra, sólo consiente en ello con repugnancia—pues sus "voces" no le han ordenado otra cosa sino que haga consagrar al Rey—y previendo desde entonces las

desgracias que la amenazan, anuncia su muerte próxima.

Su santidad, por otra parte, es, digámoslo así, contagiosa. Los Capitanes que combaten junto á ella, Dunois, Xaintrailles, la Hire, hombres sanguinarios, pícaros y libertinos, en su contacto se convierten en hombres buenos, piadosos y castos y lo mismo sucede con sus soldados.

No es, así lo espero, faltar al respeto debido á las Santas Escrituras, representárselos, á cada instante, leyendo la historia de Juana de Arco. Cuando Dios le da su terrible misión, obedece en seguida, sin titubear, como María al ángel Gabriel. Parece que ella dice también: *Ecce ancilla Domini*. En Poitiers, interrogada por los sutiles teólogos que temen no sea una hechicera, tiene respuesta para las preguntas más difíciles y peligrosas, y, como el adolescente de Nazareth en el senedrín, confunde á los doctores. Cuando, con su bastón, expulsa á las impúdicas que siguen al ejército, reconozco el gesto de Jesús blandiendo la correhuela sobre los tratantes y mercaderes de bestias y de palomas indecorosamente instalados en el recinto del templo.

¿Cómo, sobre todo, no evocar las escenas de la Pasión, ante la cautividad, el proceso y el suplicio de Juana? Ella también fué vendida y negada: Como en la mano de Judas, el oro de Winchester sonó en la palma de la mano del señor de Ligny, que dispone de ella como de su prisionera de guerra y que, abandonándola al Duque de Borgoña, la entrega efectivamente á los ingleses; y, por una cobardía tan culpable como la de Pedro en el cuerpo de guardia del pretorio, el que vuelve la vista y aparenta no conocerla, cuando está en peligro de muerte,

es este mismo Rey Carlos á quien ha devuelto su reino.

¿La seguiremos en todas las estaciones de su calvario? ¿El Obispo de Beauvais os parece menos horroroso que Caifás?...

Pero no insistamos sobre el crimen de Ruán; pues causa vergüenza, ¡ay! á dos grandes naciones; porque si Inglaterra lo cometió con perfidia y ferocidad, el Rey de Francia fué cómplice por su ingratitud; y la espesa y negra columna de humo que se levantó el día 31 de mayo del año de 1431, desde la plaza del Mercado Viejo manchó al mismo tiempo los leopardos y las flores de lis.

¡Una fiesta de Juana de Arco! Ciertamente, aplaudimos.

En ese día, bajo un cielo primaveral, el pueblo se regocijará, pensando con orgullo que su misma sangre circuló por las venas de la pura é intrépida pastora de Domremy.

El ejército hará el saludo de armas á la estatua de la Doncella bardada de hierro, y las banderas se inclinarán ante la imagen de la joven, muerta á los diez y ocho años, que llevó con tanta valentía y plantó tan alto el estandarte libertador.

¡En cuanto á nosotros los cristianos, iremos á arrodillarnos ante la Cruz que la piadosa víctima besaba con tanto ardor en su hoguera y pediremos á Juana, virgen, santa y mártir, que ruegue á Dios por la grandeza y la gloria de la Francia!

Febrero 3 de 1898.

---



---

 XV

### EL MIERCOLES DE CENIZA

En el cementerio de Elseneur, Hamlet, después de haber arrojado con un gesto de repugnancia el cráneo del pobre Yorick, prosigue el curso de sus fúnebres desvarios y con la imaginación acompaña al polvo de Alejandro el Grande hasta que lo encuentra tapando la boca de una barrica.

"Hé aquí, dice á Horacio, á lo que llegamos: Alejandro murió. Alejandro fué enterrado. Alejandro se convirtió en polvo; el polvo es tierra, de la tierra sacamos la arcilla, ¿y por qué esta arcilla en que se convirtió no podría ser empleada en tapar un barril de cerveza? El imperial César, muerto y convertido en greda, tapa tal vez un agujero para preservarnos del viento. ¡Oh! decir que este puñado de tierra que tenía al mundo bajo su obediencia, remienda tal vez una pared para cerrar el paso al cierzo del invierno!"

Estos pensamientos que Shakespeare atribuye al melancólico Príncipe de Dinamarca pertenecen al número de aquéllos de que es permitido acordarnos

en este primer día de Cuaresma, en que el sacerdote traza, con ceniza, una cruz en la frente de todos los fieles, dirigiendo á cada uno de ellos estas palabras: "Acuérdate, hombre, que eres polvo y que polvo volverás á ser."

¡Ceremonia de un simbolismo admirable, como todas las de la Iglesia, por otra parte! No tiene únicamente por objeto recordarnos que la vida es breve, la muerte próxima y que lo poco que quedará de nosotros, aunque hubiésemos sido famosos conquistadores ó emperadores poderosos, servirá tal vez un día para tapar la rendija de una pared ó la boca de un tonel,—verdad trivial y utilísima y de saludable meditación. Las cenizas esparcidas sobre la cabeza del cristiano tienen otra significación. Ellas le recomiendan que sea humilde, cuando piensa en el mérito que puede tener, en el lugar, por considerable que sea, que ocupa en el mundo, y aún en las buenas acciones que ha podido realizar. Le ordenan también que repare el mal cometido, ó al menos, si la falta es irremediable, sentirla amargamente, y con todas las fuerzas de su alma.

Aun prescindiendo del sentimiento religioso, aun para aquél que no espera de la tumba otra cosa más que un aniquilamiento definitivo, la humildad y el arrepentimiento son dos hermosos estados del alma. Pues, á menos de vivir como la bestia, para la sola satisfacción de sus apetitos, el hombre exige de sí mismo un progreso moral, desea ser cada vez más prudente y mejor. Siempre piensa el hombre en lograr este fin y pretenden los ancianos haber sido instruidos y perfeccionados por la experiencia. Se consuelan así—poco y mal—de su decadencia física y se felicitan del imperio que han tomado so-

bre sus pasiones, cuando, con frecuencia,—preciso es decirlo—lo que sucede es que han sido vencidos por el cansancio de su sensibilidad. En suma, en los mejores de nosotros, el amor propio — la vanidad decrecen con los años y aumenta el pesar de las malas acciones de que nos hemos hecho culpables.

Desconfiad del hombre maduro que repite sin cesar: "Puedo caminar con cabeza erguida.... nada tengo que reprocharme." Posible es que haya cumplido siempre con las leyes de la probidad y aun con las del honor, tales como la sociedad las ha establecido; pero en la intimidad de su conciencia, ó por lo menos revela con una lastimosa ignorancia de sí mismo un alma desprovista de escrúpulos, un corazón sin delicadeza y sin verdadera bondad.

Pues ninguno de nosotros tiene el derecho de levantar la frente y de proclamarse irreprochable. Ninguno de nosotros puede considerar su pasado sin descubrir en él muchas faltas para con los demás, muchas flaquezas en presencia del deber. Todos hemos cometido graves faltas, si no por perversidad, á lo menos por egoísmo, por admiración y amor de nuestra querida persona. Si todos, aun los más puros. Y precisamente á los más puros hacen sufrir más los recuerdos importunos.

Así, pues, tanto para el creyente alentado por una sublime esperanza, como para el incrédulo—entendido aquél para quien existe la vida moral—se desprende un sentido profundo de esta ceremonia de las Cenizas, que recuerda al hombre que la muerte lo amenaza sin cesar y que debe examinarse y juzgarse con frecuencia, humilde y severamente, con un espíritu de penitencia y de reparación.

La humildad es una virtud grande y elevada. Ella tan sólo es capaz de aproximar las distancias que la naturaleza y las leyes ponen entre los hombres: pues inspira á los superiores dulzura y caridad, y á los inferiores respeto y obediencia. Es la única que puede atenuar y hacer más ligeras las inevitables injusticias de la vida y de la sociedad; destruir en los fuertes el instinto de la tiranía, y en los débiles el instinto de insubordinación. ¡Pero cuán raros son los humildes de corazón! Y cuán triste es asistir, como hoy asistimos, al estéril y miserable triunfo del orgullo y de la envidia que reclaman la absurda igualdad de todos ante los goces.

¡Ay! La igualdad absoluta sólo existe en la muerte. Y cuando leo esta palabra tan engañosa: "igualdad," al frente de todos nuestros monumentos, llevo hasta echar de menos la prudencia sombría de la Edad Media, que pintaba en las murallas un esqueleto tocando el violín, con un fémur por arco, y conduciendo al mismo abismo al Rey coronado, al Papa con su tiara, al capitán armado de todas armas, á la hermosa dama que sonreía delante de su espejo, al doctor cargado de gruesos libros, al campesino con su azada y su azadón, al obrero con su martillo al hombro, y al pobre andrajoso caminando pensosamente con sus muletas.

Si, una "Danza de los muertos" moderna, una farándula macabra al gusto del día, no sería inútil y nos haría reflexionar un poco sobre algunas de nuestras quimeras y de nuestras vanidades. No tendría, mucho lo temo, el valor artístico del fresco pintado, en Basilea, por Hans Holbein, en el claustro de los dominicos; pero en desquite, podría-

mos multiplicar la filosófica imagen por medio de los carteles y de las impresiones poligráficas.

¿No os figurais fijada en todas las paredes de París, una composición de colores vivos, de suave dibujo, en la cual se viera la Muerte, elegante y flaca, con su cráneo calvo, sus ojos huecos, su roída nariz y sus descarnadas costillas, soplando en una tibia en guisa de flauta y conduciendo á la tumba y al eterno olvido á los representantes de la sociedad contemporánea? ¿No reconoceríais fácilmente, en esta siniestra procesión, á Rothschild — sus millonés, á Eiffel y su torre, á un proletario leyendo el periódico que le promete, para mañana, el fin de sus miserias, á un diputado blandiendo su cheque, á un anarquista con su bomba bajo la blusa—y aun á un académico con su vestido bordado de palmas verdes, armado con su espada inofensiva y llevando bajo el brazo sus obras completas en varios tomos?

Pero hago mal en chancearme, en este día que nos invita á los pensamientos severos; y, por otra parte, en lugar del espantajo un poco pueril de la Danza macabra, ¿no tenemos para recordar cuán poca cosa son la vida y la obra del hombre, esta fiesta, tan imponente en su fúnebre simplicidad, que la Iglesia celebra el miércoles de Quincuagésima?

A una de esas misas materiales celebradas en alguna iglesia de los arrabales en un barrio popular, en las cuales no se encuentran más que gentes muy pobres, quisiera yo conducir para que presenciara la imposición de la ceniza, á un hombre del día, á un incrédulo,—¡ay! casi todos lo son—un hombre en quien yo viera un amor sincero por el pueblo.

Bajo la bóveda débilmente iluminada por los cirios del altar, no encontraría sino un reducido número de personas,—pues son muy contadas, en las clases trabajadoras, aquellas personas á quienes no se les han arrebatado aún los consuelos de la oración. Algunas obreras, algunas sirvientes arrodilladas junto á su cesto, algunas ancianas, y cuatro ó cinco artesanos de aspecto campestre, recién llegados de su aldea, escuchan el oficio con el saco de herramientas á sus pies: tal sería la modesta asamblea.

El amigo de los trabajadores reconocería en éstos á los mansos, los sencillos, los "pobres de espíritu," á los preferidos de Jesús en fin, aquéllos á quienes ha prometido y reserva un lugar escogido en su reino. El espectador se conmovría. Viendo esparcir sobre su frente este polvo que, según la palabra de Hamlet, contiene quizás un átomo de Alejandro y de César, y presenta, en alguna manera, la imagen de tantas civilizaciones destruidas, de tantos pueblos desaparecidos, y se acordaría de que la historia no es más que un prolongado grito de dolor, de que por todas partes y siempre la suerte de los débiles y de los pequeños fué apenas soportable, y que nunca han encontrado mejor consuelo en sus sufrimientos que elevando sus ojos al cielo.

En esta atmósfera religiosa, delante de estas pobres gentes orando, se diría el incrédulo, así lo supongo, que fué una locura y un crimen combatir entre los humildes la fe que los hacía amarse unos á otros y esperar en un Padre Celestial. Pensaría en el Evangelio, en ese libro único en el mundo que ha cambiado el alma del universo y que du-

rante diez y nueve siglos ha inspirado las virtudes más puras y ha dado la paz del corazón á innumerales cristianos. ¡Y entonces—¿quién sabe?—considerando la obra prodigiosa de Aqcel que habló en la montaña y que murió en la cruz, y afirmándose en que la boca de que se desprendieron tantas verdades eternas no ha podido mentir, creería en Jesucristo, hijo de Dios Omnipotente, del Dios á cuyos ojos los planetas y las estrellas son menores que los granos de este polvo distribuido por el sacerdote, del Señor eterno que, en el fondo del misterio infinito, reina sobre un polvo de mundos y sobre una ceniza de soles.

Febrero 24 de 1898.

## XVI

**RENACIMIENTO CRISTIANO**

Es un hecho innegable que en un gran número de espíritus, hastiados del grosero realismo del mundo moderno y rebelándose al fin contra su propia razón, que no es poderosa más que para ensanchar y hacer retroceder indefinidamente los límites del misterio sin alcanzarlo ni penetrarlo jamás, ha nacido la vehemente necesidad de ideal y de fe volviendo por sí mismos y libremente á la religión de Jesús, á su sublime moral y á sus fortalecedoras prácticas.

Un amigo mío, poeta encantador cuyo cerebro está lleno de sueños metafísicos, que se formó una doctrina para él solo—una especie de budismo—según lo que he podido comprender—me confesaba recientemente su derrota filosófica.

“Sí, me decía, he pasado diez años de mi vida en persuadirme que todo era ilusión y nada, y mi sistema marchaba á maravilla.... Pero, días pasados, cuando mi nietecita estaba tan mala, me puse á implorar á un Dios bueno, á un Padre Celestial

que podría conservármela en este mundo, ó, á lo menos, devolvérmela en el otro.”

Desde hoy considero á mi amigo como un recluta asegurado y próximo para la gran familia de Cristo. Y muchísimos otros entrarán en ella. Es preciso que el ateísmo oficial se resigne á ello. Se comienza á desertar de sus escuelas de mentira, en donde nada hay para el corazón. Por fin se ve claro que están á punto de poblar la Francia de orgullosos y de desesperados, y, signos clarísimos que se notan por todas partes, nos permiten presagiar un victorioso Renacimiento de la Idea cristiana.

Es, por ejemplo, mucho más que una indicación y que un síntoma, es—abreviemos de razones—un acto de fe lo que encontráis en las palabras pronunciadas en Benzanson, hace pocos días por el señor Fernando Brunetiére. Se trata de un breve discurso dirigido á un concurso poco numeroso. Pero es imposible decir más cosas en tan pocas palabras.

Después de haber probado el trastorno de esa filosofía vulgar que se llama “la religión natural,” después de haber establecido que no se puede despojar una religión de lo sobrenatural, de su dogma y de su disciplina, después de haber recordado la verdad evidente de que lo que nos resta de virtud nos viene, por herencia ó por educación, del cristianismo, el valiente orador añadió á todas las razones filosóficas y morales que nos conducen hacia la fe una razón patriótica, haciendo observar muy justamente que, en el mundo entero, los intereses del catolicismo y de la Francia están estrechamente unidos, ó, por decir mejor, son los mismos.



Es muy de sentir que, distraídos por los escándalos en cierto modo periódicos que nos afligen, no hayamos prestado más atención á este discurso, verdadero modelo de elocuencia concisa y de sensatez. Todo indica, por otra parte, que el señor Brunetière desarrollará pronto el plan trazado en esta bella página, y nos dará, sobre el asunto, algún estudio magistral.

Pero si, en esta renovación cristiana, el señor Brunetière, por la fuerza y el método de su razonamiento, está llamado quizás á ejercer, sobre los hombres graves y estudiosos, tanta influencia como un Bonald, los espíritus ante todo enamorados del arte—son muy numerosos hoy—quedarán rodeados y penetrados por una atmósfera piadosa, después de haber leído el libro interesantísimo y profundamente sincero de J. K. Huijsmans, intitulado *La Catedral*.

Si, como dice el proverbio, que tiene aquí justa aplicación, por todas partes se va á Roma, Huysmans tomó ciertamente el más largo. Hace algunos años un atractivo peligroso le hacía estudiar las misteriosas abominaciones del satanismo; y, al leer seguidamente *Allá abajo* y *En camino*, se podría creer—si no se supiera que el primero de estos dos relatos es completamente imaginario—que Durtal, es decir, Huysmans, corrió á refugiarse á la Trapa al salir de alguna misa negra. Lo que es verdad es que este incorregible desdeñoso, este hombre tan difícil de satisfacer en todas las cosas, lo mismo en materia de estilo que de cocina, llegó un día hasta el disgusto de sí mismo, al tedio. Este sentimiento, que él mismo ha expresado muchas veces con la franqueza más enérgica, debía tomar por fin, en una

conciencia escrupulosa, la forma del arrepentimiento. Todo el que se arrepiente experimenta la necesidad de ser perdonado; y sólo existe un tribunal en que la indulgencia sea infinita y la absolución perfecta, el confesionario. Durtal se arrojó, pues, en brazos de la penitencia—encontrareis en el relato *En camino*, sobre esta crisis del alma, páginas de singular y penetrante emoción—y fué en adelante un buen cristiano.

Ahora bien, en el curso de sus devociones, este cristiano, en el cual están el artista y el sabio, cayo positivamente en éxtasis ante la Catedral de Chartres. De aquí su nuevo libro, casi enteramente consagrado á la gloria de la maravillosa iglesia, ya transfigurada por los más extraordinarios caprichos de la imaginación, ya descrita con la meticolosa exactitud de un guía.

*La Catedral* es un libro que pasa hoy de mano en mano y yo no estoy encargado en este periódico de la crítica literaria. No me pregunto, pues, si fueron ó no equitativos los jueces que reprocharon á Huysmans ciertas palabras y ciertas comparaciones que recuerdan demasiado sus antiguas obras naturalistas, y que le censuraron por haber vaciado en su volumen todas las extravagancias de su biblioteca mística.

Sabíamos perfectamente qué artista tan particular es Huysmans, á la vez trivial y fino, que se complace en introducir una palabra áspera en un pensamiento delicado gran hojeador de libros viejos en que se descubren rarezas y extravagancias, y que nunca titubea en chocar á trueque de causar admiración. ¿No adoptaremos nunca la buena costumbre de aceptar un escritor tal como es, cuando

hayamos reconocido en él un temperamento original y un talento superior? Por otra parte, los más severos dejarán de condenar algunas excentricidades un poco fuertes que deslucen *La Catedral*, leyendo tantas cosas verdaderamente bellas que el libro contiene sobre el arte de la Edad Media, la arquitectura gótica, las vidrieras, los primitivos, la música sagrada y también tantas escenas de interior de exquisita bondad, tantos cuadros en que la pintura es excelente. Os recomiendo especialmente la misa rezada en la cripta. Es una pequeña obra maestra.

Pero demos de lado á la literatura.

Donde Huysmans me conmueve es cuando es humano; es cuando, nuevo convertido, habiendo vivido hasta la edad madura casi únicamente por los sentidos y no habiendo empleado su pensamiento más que en la penosa, pero dividida gimnástica de las letras, sufre por tener tanta dificultad en crear una vida interior; cuando deplora con acentos de punzante sinceridad el poco ardor de su piedad y la sequedad de su corazón en la oración.

Entonces recuerdo la terrible palabra: "Dios rechaza á los tibios."

Pues conozco semejantes sufrimientos, justo castigo de aquellos que sólo se han asustado tarde del vacío de su alma y buscan en ella con angustia, para recogerlos preciosamente, algunos recuerdos de esperanza y de fe. ¡Ay! desde la primera hora, nos hemos alejado de la Cruz; durante el calor del día, hemos vivido alejados de ella, y sólo hacia la tarde su sombra se alarga y nos alcanza. El instante, sin duda, es propicio, pues todo va á faltarnos. Volvemos hacia esta Cruz tutelar, la abrazamos en nuestra

angustia y tratamos de orar. Pero no hemos pasado impunemente largos años en la indiferencia de las cosas eternas y nos parece que las suaves oraciones de nuestra infancia se marchitan al pasar por nuestros labios impuros.

¡Valor, sin embargo! Habeis dicho en alguna parte, mi querido Huysmans, con el tono humorístico que os pertenece: "¡Es preciso que Dios no sea difícil de contentarse con personas como yo!" ¡Y como yo, pues! añadiré. He oído censurar esta palabra, que yo encuentro, por el contrario, conmovedora. Sin embargo, es demasiado desanimada, y es preciso no hablar así. Es no tener confianza, y todo el Evangelio protesta. Acordaos de la Samaritana, María Magdalena, de los obreros tardíos, del hijo pródigo, de la oveja descarriada, de la preferencia concedida al arrepentido sobre el perseverante.

Oremos, pues, sin dudar jamás de la misericordia inagotable. Por más áridas que sean nuestras oraciones, sin embargo tienen su virtud. ¿No estamos ya desembarazados de muchas bajezas y torpezas que nos atormentaban? ¿No nos sentimos menos injustos, más resignados, más humildes, y sobre todo, más caritativos?

¿Dónde he leído, días pasados, entre las frases mauciosas que se os dirigian, pero de las cuales tomo mi parte, que no había en nuestro estado de alma otra cosa más que una fatiga de viejos extenuados? Y, desde luego, ¿por qué no? No está por lo pronto tan mal querer acabar dignamente; y por mi parte, no conozco nada más indecoroso y grotesco que un viejo que quiere hacer el papel de joven. Los hombres del siglo diez y siete—á quienes sin razón tratáis con ligereza, mi querido Huys-

mans, pues fueron grandes cristianos—tenían la sabia costumbre, en la tarde de su vida, de retirarse del mundo, de poner, como decían, un espacio entre su vida y su muerte y de consagrar su vejez á pensar en la eternidad. No existe fin más digno. ¿No tenemos el derecho de imitarlos?

Sin embargo, creedme, hay otra cosa. Un soplo ha pasado—*Spiritus flat ubi vult*—y palabras religiosas han sido pronunciadas por labios de los cuales nadie esperaba que pudieran salir. El pobre Verlaine comenzó. Acordaos de las admirables quejas de arrepentimiento que hay en Sabiduría. Más tarde habeis escrito vuestros dos valientes y curiosos libros. Yo mismo, no obstante que mi obra y mi pasado nada tienen de edificante, aporto á mi vez á este esfuerzo cristiano mi débil contribución. Por otro camino, pero hacia el mismo objeto, hé aquí que el señor Brunetiére emprende el viaje; y á éste no se le tratará, según supongo, de poeta y de neurónito.

Lo pregunto á todos los espíritus sinceros. El hecho de que varios escritores laicos, completamente independientes y desinteresados, puesto que no pueden esperar inmediatamente de su acción otra cosa más que burlas é injurias, confiesen públicamente su regreso á las creencias religiosas, ¿no es un hecho muy notable, en el cual hay que ver algo más que un encuentro fortuito? ¿No es una prueba manifiesta de que, entre tantas ruinas acumuladas por la bancarrota sentimental, filosófica, política y social de este desastroso fin de siglo, la que queda en pie, semejante á estas imponentes catedrales que,

firmes sobre sus cimientos desde hace tantos siglos, atestiguan la fuerza inquebrantable del Cristianismo y la permanencia de la Iglesia.

Marzo 10 de 1898.